

Estamos en 1965...

*...Y mi padre me lleva al oficio religioso del sábado por la mañana.*

*—Tienes que ir— me dice.*

*Yo tengo siete años, soy demasiado pequeño para hacer la pregunta lógica: ¿por qué yo tenía que ir y él no? En cambio, hago lo que me dicen y entro en el templo, recorro un largo pasillo y tuerzo hacia el pequeño santuario donde se celebra el oficio infantil.*

*Llevo una camisa blanca de manga corta y corbata de gancho. Empujo la puerta de madera para abrirla. Los niños más pequeños están en el suelo. Los de tercer año bostezan. Las chicas de sexto llevan leotardos de algodón negro, se inclinan y susurran.*

*Tomo un devocionario. Los asientos del fondo están ocupados, de modo que elijo uno de los de delante. De pronto se abre la puerta y se hace silencio en la habitación.*

*Entra el sacerdote.*

*Es alto como un gigante. Tiene el cabello oscuro y abundante. Luce unas vestiduras largas que se mueven como una sábana al viento cuando agita los brazos al hablar.*

*Nos cuenta una historia de la Biblia. Nos hace preguntas. Recorre el estrado a grandes zancadas. Se acerca a mi asiento. Noto que me ruborizo y me arden las mejillas. Le pido a Dios que me haga invisible. “Por favor, Dios, por favor.”*

*Es mi plegaria más ferviente del día.*

## MARZO

### LA GRAN TRADICIÓN DE SALIR CORRIENDO

Adán se ocultó en el Jardín del Edén. Moisés huyó de Egipto para escapar de la ira del faraón. Jonás se subió a una nave y se lo tragó una ballena.

Al hombre le gusta escapar de Dios. Es una tradición. Así pues, tal vez yo no hacía sino seguirla cuando, tan pronto como supe andar, empecé a huir de Albert Lewis. Él no era Dios, por supuesto, pero, a mis ojos, era lo que más se le parecía, un hombre santo, un clérigo, el gran jefe, el rabino principal. Mis padres se unieron a su congregación cuando yo era un bebé. Me sentaba en el regazo de mi madre mientras él pronunciaba sus sermones.

Sin embargo, en cuanto me di cuenta de quién era —un siervo de Dios—, hui. Si lo veía venir por el pasillo, echaba a correr. Si tenía que pasar junto a su estudio, corría. Incluso siendo adolescente, si lo veía acercarse, me escabullía. Era un hombre alto, de un metro ochenta y cinco centímetros, y yo me sentía muy pequeño en su presencia. Cuando me miraba a través de sus lentes de montura negra, tenía la seguridad de que podía ver todos mis pecados y defectos.

De modo que corría.

Corría hasta que me perdía de vista.

En ello pensaba mientras conducía hacia su casa, una mañana de primavera del año 2000, tras un temporal de lluvias. Unas semanas antes, Albert Lewis, que para entonces tenía ochenta y dos años, me había hecho esa extraña

petición en un pasillo al término de una charla que yo había dado.

¿Harás mi discurso funerario?

Me detuve en seco. Nunca me lo habían pedido. Nadie... y mucho menos una autoridad religiosa. La gente pasaba a nuestro lado, pero él siguió sonriendo como si aquella fuera la pregunta más normal del mundo, hasta que yo le solté algo sobre que necesitaba tiempo para pensarlo.

Al cabo de unos días, lo llamé.

Le dije que de acuerdo, que aceptaba su petición. Hablaría en su funeral, pero a condición de que me dejara conocerlo como persona para así poder hablar de él como tal. Calculaba que harían falta unos cuantos encuentros.

—Hecho —dijo.

Me dirigía a su calle.

Lo cierto es que, en aquellos momentos, lo único que sabía de Albert Lewis era lo mismo que cualquier integrante del público sabe de un actor: su expresión oral, su presencia escénica, el modo en que embelesa a la congregación con su voz autoritaria y sus brazos como aspas de molino. Antes habíamos estado más unidos, por supuesto. De pequeño había sido su alumno, y ofició en ceremonias familiares como la boda de mi hermana y el funeral de mi abuela. Sin embargo, la verdad es que llevaba veinticinco años sin frecuentarlo. Además, ¿cuánto sabes de tu pastor? Lo escuchas. Lo respetas. Pero ¿qué sabes de él como hombre? El mío era distante como un rey. Nunca había comido en su casa. Nunca había tenido trato social con él. Si tenía defectos humanos, yo no los veía. ¿Hábitos personales? No le conocía ninguno.

Bueno, eso no es del todo cierto. Conocía uno. Sabía que le gustaba cantar. Todos los miembros de la congregación lo

sabían. Durante sus sermones, cualquier frase podía convertirse en un aria. Durante las conversaciones, podía ponerse a cantar a grito pelado los sustantivos o los verbos. Aquel hombre era como su propio espectáculo de Broadway.

Durante sus últimos años de vida, si le preguntabas qué tal estaba, fruncía el ceño, alzaba el dedo como un director de orquesta y entonaba con voz suave:

El viejo rabino de cana cabellera,  
ya no es lo que era,  
ya no es lo que era...

Pisé el freno. ¿Qué estaba haciendo? Yo no era el hombre indicado para esa tarea. Ya no era una persona religiosa. No vivía en este estado. El que hablaba en los funerales era él, no yo. ¿Quién hace el discurso funerario para el hombre que se dedica a hacerlos? Quise dar media vuelta, inventarme alguna excusa.

Al hombre le gusta escapar de Dios.  
Pero yo fui en dirección contraria.